



## **El ocaso del fetiche**

*(Beatriz Pagés, pág. 4-5)*

México inició el año con una estatua de López Obrador decapitada, el cuerpo descuartizado y tirada en el suelo. Un acto de rebelión simbólica, pero también la representación misma de un país desmembrado por un presidente obsesionado con dar muerte a la república.

¿Quién tiró el monumento? ¿Los adversarios, los traidores o el mismo autócrata? ¿O acaso fue Fuente Ovejuna? Es decir, ese pueblo harto de ser invocado, explotado con fines propagandísticos y al mismo tiempo engañado y mal tratado.

De cualquier forma la lectura de la imagen es la misma: El derrumbe de un régimen autoritario agotado en el culto a la personalidad de un hombre que, como una lombriz que se fecunda a sí misma, sólo sabe mirar para sus adentros.

Los autores de la “caída” decidieron poner —de manera figurada— punto final a un régimen y con ello dejaron ver, tal vez sin querer, que nadie se indignó por haber quedado el pedestal vacío.

Los únicos que arengaron en contra, fueron los lambiscones de Morena. Nadie dio cuenta de un levantamiento popular, de llantos o gritos de indignación para exigir la restauración de la escultura de un político que sólo las encuestas y los fanáticos de las redes sociales hacen aparecer como un mesías.

López Obrador hubiera preferido que su estatua fuera vandalizada. Así habría tenido pretexto para victimizarse. Pero el derrumbe es otra cosa y él lo sabe. Caer de un pedestal significa el fin, el rechazo popular a su mandato, el término anticipado de un régimen y el principio de otra cosa.

A la oposición y a los ciudadanos nos toca pensar que vamos a poner en ese pedestal vacío. Cómo vamos a levantar —no un monumento a la tiranía—, sino un país con instituciones justas y democráticas desde donde pueda ser reconstruida la nación.

Aunque, si se trata de construir estatuas habría que levantar el trozo de cuerpo y poner la cabeza a un lado de los pies con una placa que diga: “México nunca más debe volver a cometer el error de llevar al poder a un resentido”.

No sería extraño que los artífices del “derrocamiento” sean los decepcionados o los traidores del régimen. Detrás de todo asesinato político hay un caldo de cultivo. El método fraudulento por el cual Morena selecciona hoy a sus candidatos sumado al incumplimiento de promesas a quienes contribuyeron al triunfo de López, ha hecho crecer el ejército de engañados.



¿Engañados? Difícil creer que alguien no pueda distinguir entre una banda de ladrones y un gobierno verdaderamente legítimo. Sólo el cinismo, la conveniencia o de plano la necesidad puede llevar a alguien a convertirse en candidato o colaborador de un régimen sustentado en la mentira que viola, sin cuartel, el Estado de derecho.

Ahí está como ejemplo la instrucción que dio el titular del Ejecutivo Federal al diputado Sergio Gutiérrez Luna, presidente de la Cámara de Diputados, —y uno de sus principales lacayos—, para denunciar penalmente a los seis consejeros del INE que se atrevieron a suspender el proceso de revocación de mandato por falta de recursos.

El diputado morenista violó la Constitución al hacer de comparsa de otro poder, al representar únicamente el interés de su partido y al no respetar el sentir general de la Cámara. Para decirlo con todas sus letras: el diputado Gutiérrez Luna aceptó por órdenes del presidente López Obrador hacer las veces de inquisidor de seis consejeros electorales incómodos.

Este hecho no debe quedar así. Es la primera vez que un presidente de la Cámara de Diputados se doblega para convertir el recinto camaral en un tribunal dispuesto a perseguir la disidencia y a quienes se atreven a contradecir las órdenes del presidente.

La debacle del fetiche representa también una transición. López Obrador ha pasado de ser un candidato que ganó con legitimidad popular la presidencia a ser un gobernante ilegítimo. El tabasqueño es un violador impune de los contrapesos del poder, de las libertades y los derechos humanos.

¿Saben por qué a López no le gusta la palabra república? ¿Saben por qué la eliminó de su lema y propaganda oficial? Porque no le gusta lo que representa la palabra: respeto, unidad, equilibrio de poderes, democracia, libertad.

¿Saben por qué ha hablado poco o nada de su estatua derribada? Porque tiene miedo. Los gobernantes que no respetan la ley, que actúan a capricho, arbitrariamente saben que en cualquier momento empezarán a aparecer los fantasmas de la inconformidad.

López les tiene miedo a los consejeros del INE y por eso los manda perseguir penalmente. Les tiene miedo a sus adversarios políticos y por eso usa la Fiscalía para encarcelarlos. Le tiene miedo a las organizaciones ciudadanas y por eso las acosa. Le tiene miedo a la libertad de expresión y por eso reprime a periodistas. Inventó una revocación de mandato para legitimarse porque sabe que ya vive y gobierna en la ilegalidad.

Para decirlo rápido: ya comenzó la caída... el ocaso del fetiche.



## **Nueva ola de Covid-19 / política y pandemia**

*(Teodoro Barajas Rodríguez, pág. 29)*

Indiscutiblemente que el mundo no esperaba una pandemia que ha resultado dañina, ha provocado pesadumbre, muertos y contagiados que parece no dar tregua, al inicio de este año las alarmas se han encendido por doquier ante el avance que se ha registrado para alterar de nueva cuenta la vida cotidiana, con todo y los suicidas que de manera temeraria desafían a la Covid constantemente.

A mediados de este el primer mes del 2022 en nuestro país se presume que se habrán de incrementar los contagios como un efecto de resaca de los convivios y movilidad social de las fiestas decembrinas, se advirtieron los riesgos, aunque tal parece se ignoraron los exhortos de quedarse en casa.

Para nadie pasa desapercibido que el mexicano es un pueblo proclive a la fiesta, al jolgorio que está anexado a la idiosincrasia y eso dificulta la sana distancia.

A la desazón que provoca el virus galopante de este tiempo, habría que agregar el grado tóxico que se registra en otros frentes como el político, por ejemplo en el Congreso, en el que la diatriba sustituyó al debate de las ideas, se ha establecido una costumbre por distorsionar los discursos para llenarlos de exabruptos, se ha entronizado un maniqueísmo a ultranza con la evidente ausencia de consensos, lo cual dificulta una auténtica praxis que procure el bien común. La fragmentación social solo mantiene viva la polarización y posterga la unidad.

La democracia no es propiamente la panacea, aunque es un elemento que legitima las discrepancias y la disidencia, sólo que si están ausentes los contenidos de calidad al final se hace de todo menos política y con ello se azolvan los caminos para que los cambios no pasen de ser cosméticos.

En otra razón de ideas, los incrementos de productos básicos son ostensibles y la economía real se pulveriza, digamos que es un asunto cíclico, el deja vú de cada enero, aunque no por ello deja de ser preocupante si adicionamos la inflación y los estragos del desempleo que se incrementa.

Más allá de quienes se aventuran a profetizar una carretada de males para este 2022, lo cierto es que la vida parece que no será la misma luego de la marca que ha dejado la pandemia, hemos visto los contrastes que están conectados a la condición humana, desde la generosidad de la gente involucrada en el sector salud que no han dejado de laborar en favor del prójimo y han reflejado la constancia de su heroicidad, hasta quienes niegan la pandemia basándose en cuestionables teorías de la conspiración nunca probadas.



La realidad es compleja pero aquí está, no debemos abandonar esa esperanza en pro de un futuro mejor aunque tengamos males empoderados como la inseguridad, impunidad y un estado de derecho venido a menos. La migración continúa en nuestro país para exhibir cómo se violentan los derechos humanos, la desigualdad es latente y la pobreza es obvia en diferentes latitudes de nuestro país.

No obstante, la esperanza de mejores tiempos está firme y ese es un buen síntoma que demuestra que no todo está perdido.